

Corentino miraba las ventanas del segundo piso y el resplandeciente vestíbulo.

—Ese hombre es un asesino, dijo. Al barón puede parecerle el castigo suficiente; á mí, no.

—¿Qué quieres hacer?

—Mientras viva tendré un peso en el corazón, y entre Ivona y yo habrá un abismo infranqueable. ¡Ese hombre ha matado! ¡qué mueral

—¡Corentino!

—¡Déjame!

—¡Estás loco!

—Quizá. El espacio, la libertad, toda la tierra para él, es demasiado. Entre él y yo tiene que haber una sima de la que no salga.

Se precipitó hacia el vestíbulo.

—Juan María no pudo detenerle. Se le escapó de entre las manos y subió rápidamente la escalera.

Los dos bretones llegaron simultáneamente al primer piso.

Larga serie de pasillos tapizados se extiende á derecha é izquierda.

Corentino procuró orientarse y perdió tiempo.

Al fin halló el camino.

En el segundo piso abrió una puerta y entró en la antesala de la habitación de la duquesa.

Los dos hermanos oían rumor de voces y el ruido de una disputa en el departamento contiguo.

XVIII

MARIDO Y MUJER.

Después de partir el barón Noel y sus amigos, Huberto de Vaudrey y ¡Luisa Renaud quedaban solos.

El duque conservó al principio su actitud abatida y consternada.

Su quebrantado orgullo ni siquiera intentaba una lucha imposible.

¡Aquel bretón, cuyo bisabuelo era un miserable labrador que los antepasados del duque hubieran echado de su castillo á latigazos, con qué crueldad había preparado su venganza!

¡Era más fuerte que el duque y de otro temple!

—Ya te lo había dicho, comenzó con tono spero. Pero no quisiste hacerme caso. Ese hombre se burlaba de nosotros. ¡Ah, las mujeres! ¡Perdición segura! ¡Desgraciado del que se fia de ellas y las oye!

—¡Recriminaciones!—dijo Luisa con aire sombrío.—¿Para qué? Creíamos haber triunfado. Hay que reconocer la derrota. La suerte está en contra nuestra.

El duque no podía moverse.

Los mozos de la banca habían cumplido concienzudamente su encargo.

Estaba atado al sillón, como un prisionero al anillo soldado á la pared del calabozo.

—Corta estas cuerdas, dijo á su mujer.

Luisa vaciló.

¿Qué meditaba?

—Has querido ser duquesa de Vaudrey. Ya lo eres. El hermano á quien tanto admirabas nos lo ha dicho. Estamos encadenados uno á otro. Ayudémonos. Corta estas cuerdas y suéltame.

Luisa permaneció inmóvil, con la vista fija en el suelo.

—¿Qué piensas hacer? preguntó clavando la mirada en sus ojos.

—¿Yo?

—¡Tú!

—No sé. Hay que pensarlo.

—¿A dónde iremos?

—A donde quieras. El espacio es nuestro. No podemos vivir en Francia, pero nos queda América, Italia, Suiza, España y otros países. Elegiremos.

—¿Aceptas esa ley que nos arroja de París y nos deporta como presidiarios?

—No hay más remedio.

—Sea. ¿Te resignas á una vida de miseria y privaciones? Porque, ¿qué vale medio millón? Tendrías para seis meses. ¿Y luego?

—Exageras. La suma es corta, pero otros viven con eso. Hace falta un poco de filosofía.

—No la has tenido hasta ahora.

—La tendré en adelante. Buscaremos un modesto retiro en las colonias, donde la vida es barata. El banquero tiene razón. Somos criminales, y me doy por satisfecho con que no nos hayan llevado á los tribunales. ¡El duque de Vaudrey y la baronesa de Bresson! Pues apenas hubiera llamado la atención la causa! Lo temía, si he de ser franco, y al verme libre de semejante pesadilla, experimento cierto alivio. Las entradas de la audiencia se hubieran cotizado á alto precio.

—¿Cuándo partiremos?

—Cuanto antes. El Havre está á dos pasos. Los trasatlánticos nos brindan sus camarotes. No hay que desesperarse. Tú, si no me engañas, conservas cierta influencia sobre nuestro enemigo, sobre Noel Bresson, que se ha abrogado para con nosotros las funciones de magistrado.

—Cierto.

¡Qué compasivamente te ha mirado! Doblará sin dificultad la suma ofrecida, y nos dará en vez de la estrechez la medianía. ¿Qué es un millón para él? En el extranjero podemos hacer buen papel con esa suma.

—¿Crees?

—Elijiendo con tino la residencia. Todo estriba en esto.

—¿Habrá, pues, que mendigar, que implorar misericordia?

—No hay necesidad de humillarse. Le cederé Laigou. Pagaré mis deudas y me dará una prima.

Podremos vegetar sin grandes privaciones, dejando que se extinga la raza de los Vaudrey. El barón teme el escándalo tanto como nosotros. Pagará.

—Tienes razón.

Habia algo más que ironía en la entonación con que pronunció estas palabras la duquesa.

—¿Lo has pensado ya?

—Sí.

—¿Te resignas?

—Por fuerza.

—¿Pero qué pensarán de nosotros esos hombres, esos criados testigos de nuestra ignominia y nuestro oprobio?

—A mil leguas de distancia, poco me importa lo que piensen. Y, además, callarán. El banquero sabe hacerse obedecer. Les había dado sus órdenes.

—Tienes respuesta para todo.

El duque recobraba lentamente el aplomo perdido.

A la duquesa le sucedía lo contrario.

Sus nervios se agitaban, contraíanse horriblemente sus facciones y hacia esfuerzos sobrehumanos para contenerse.

—Cuanto más lo considero, siguió el duque, veo mejor que no nos han maltratado como merecemos. Yo creía que ese hombre iba á hacernos matar por sus mozos de banca, y que ese Corentino, que en el país pasa por un machaca-cráneos, nos comería crudos en desagravio de la pobre dancella en mal hora aparecida; y todos se han marchado en silen-

oio. Maniobrando con alguna astucia, podremos salir de apuros. No es imposible que salgamos á flote el día menos pensado. Tenemos la juventud, la experiencia y el título. Recibiremos un millón para principiar la faena. Tú eres maravillosamente bella. ¡Cuántos hay que no tienen tanto! ¡Corta, pues, estas cuerdas! Esos bretones son extraordinarios. Han debido tomarlas de alguna barca pescadora.

La duquesa, en vez de obedecer, volvió hacia el escritorio.

El barón Noel había dicho:

—Si tiene usted un resto de honor, hallará usted en ese cajón lo que le haga falta.

La duquesa había comprendido.

La sangre del coronel no estaba completamente viciada.

Aquel escritorio de laca de China, no hubiera desentonado en el Palacio de Estío del Hijo del Cielo.

Luisa abrió un cajón.

El primer objeto que se presentó á su vista, fué la pistola que había servido para matar al barón Santiago.

Apoderose de ella con un escalofrío semejante al que debió sentir Cleopatra al asir el áspid que iba á dar fin á su vida.

Volvióse hacia el duque, y lanzándole una mirada de soberano desprecio:

—Eres vil y cobarde, dijo. Ciega he tenido que estar para escucharte y creerte. El hombre á quien

falté te superaba cien codos. El no hubiera aceptado la infamia que con tanta facilidad sobrellevas. Hubiera sufrido mil muertes antes que semejante oprobio. ¡Desterrado, vilipendiado, escarneido, deshonorado, pisoteado, tú, todo un duque de Vaudrey Langou, y toleras tal vergüenza. Todos los de tu raza se moverán airados en su tumba ante la abyección de su postrer vástago. Me avergüenzo de haberte conocido. Hemos refido juntos un combate perverso. La suerte nos ha sido contraria. ¡Hay que desaparecer, pero no con esa infame fuga que pretendes tú, para quien los goces materiales son todo y la honra y la vergüenza nada!

Yo no me someto á esa ignominia.

Si, he querido ser duquesa de Vaudrey, pero libre, rica, envidiada.

He jugado mi horrible carta. He perdido. Señor duque, á ser jugador decente. Cuando se tiene co-razón, no se deja uno arrojar de un casino. Solo un vil se deja eliminar de la nobleza. El barón ha estado generoso. Nos ha dado el medio de salir con honra de este callejón siniestro. Hélo aquí. ¿Quieres emplearlo?

Luisa amartilló la pistola.

—Pero.....

—¿Vacilas?

—No vacilo.

—Entonces.....

—Rehuse.

La duquesa avanzó un paso.

—¡Luisa! gritó el duque.

—¡Ah, sí! exclamó la duquesa, ¡eres un miserable y me avergüenzo de haberte amado! ¡Necesito tener valor por los dos; pero mi padre, que era un simple soldado, me ha dado valor para ti y para mí!

Apuntó durante un segundo, casi á boca de jarro.

El duque no tuvo tiempo de lanzar un grito.

Inclinó la cabeza.

El proyectil le habia atravesado el cráneo, Corentino y Juan Maria entraron precipitadamente en la sala, pero se detuvieron aterrados.

La duquesa, magnífica en su desden y su denuedo, los contuvo con una mirada.

—Contad á vuestro amo lo que veáis, dijo. Yo sé morir, al menos.

Tenia en la mano la pistola todavía humeante. Con movimiento rapidísimo, se la apoyó en la frente é hizo fuego.

Cayó como herida del rayo.

En aquella suntuosa cámara reinó hasta la mañana el silencio de la muerte.

Dos esposos jóvenes ricos, envidiados, habían entrado en ella pocas horas antes.

Solo quedaban dos cadáveres.

Juan Maria y Corentino habían huido espantados.

Pero Corentino, á pesar del horror de la espantosa escena, sentia inmenso gozo.

Podia perdonar.

* * *

Al día siguiente, al amanecer, despertó Germán de su sueño de plomo.

Extrañó verse metido bajo los divanes de la sala de fumar, como un fardo que hay interés en ocultar.

Le costó darse cuenta de lo que le pasaba.

Aquella rara posición y el sitio en que se hallaba no le eran familiares.

Le dolían los huesos y sentía la pesadez que casi siempre sigue á una noche de orgía.

Examinó la sala en que había pasado tan mediana noche.

La mesa se hallaba como la dejó; conservaba restos de comestibles, pero las botellas estaban vacías.

Miró las etiquetas y suspiró al recuerdo de los goces pasados.

Todo se explicaba.

Había bebido hasta poder dormir en un lecho de guijos.

Salió al jardín y recorrió varios sitios en busca de Luciana.

Le extrañaba el silencio de la casa.

Nadie se había levantado.

Germán llamó en todas las puertas y no le respondió nadie.

Bajó luego á la playa para entretener el tiempo y acabar de despejarse, y se estuvo dos horas examinando conchas vacías y los surcos que quedaban al bajar la marea.

Volvió á cada instante la cabeza y contemplaba la grandiosa fachada de la quinta, cuyas ventanas continuaban cerradas.

Cansado de esperar, subió á las nueve al terrado y vió á los jardineros que empezaban á trabajar restregándose los ojos.

Se acercó á la gruesa Julia y señalando á las ventanas de la duquesa:

—Parece que se les pegan las sábanas—dijo.

—También á nosotros—contestó la jardinera. Y la culpa es de Luciana.

—¿La ha visto usted?

—No.

—¿Y usted?

—Tampoco.

—Es extraño.

Pero más le extrañó que á las once nadie daba aún señales de vida, ni el duque, ni la duquesa, ni Luciana.

Germán, un tanto inquieto, anduvo por las escaleras, luego en los pasillos, y, por último, al rededor de la habitación de los recién casados.

Pero no se atrevía á llamar.

A las doce se decidió á hacerlo.

Como es de suponer, no le contestaron.

Volvió á llamar y tampoco.

Entonces mandó subir al jardinero principal y abrió la puerta.

Les esperaba el más imprevisto cuadro.

El duque, atado al mágico sillón estaba muerto. Su herida era apenas perceptible.

A dos pasos de él, la duquesa, con la frente partida de un balazo, yacía con el rostro pegado á la piel de oso, tendida al pie del lecho.

Tenia aún la culata de la pistola entre los crispados dedos.

Sobre la mesa, con aplicaciones de bronce dorado, habia dos legajos de billetes por valor de quinientos mil francos.

En la habitación estaba todo en orden.

Muebles, bronce, cortinajes y tapices, no ofrecían señales ni trastorno.

La escena era incomprensible.

¿Por qué aquellos dos muertos?

El robo no era la causa de la catástrofe.

La desposada tenia en las orejas solitarios de gran valor y magníficos anillos en los dedos.

La importante cantidad abandonada en la mesa excluía toda idea de robo.

A las dos se puso el hecho en conocimiento del juzgado.

A las dos y media el fiscal y el juez instructor del tribunal de Diepp se personaron en el lugar del suceso.

A las tres recibieron por un expreso la orden de suspender las averiguaciones.

La orden emanaba de muy alto.

Se habia averiguado todo.

¿De qué manera?

No pudieron comprenderlo.

El despacho ministerial prescribia también el silencio respecto al sangriento drama.

Pero los periódicos hablaron de él, aunque en términos vagos, que permitian entrever un profundo misterio en el tenebroso asunto.

Dos días después, uno de los diarios, que pasa justamente por bien enterado, se explicaba de esta suerte:

«Se hacen mil comentarios respecto al misterioso drama, cuyo sangriento desenlace se ha verificado en una de las más bellas quintas de la costa normanda.

«Podemos designar los personajes.

«El duque Huberto de Vaudrey-Langou, último vástago de una de nuestras más aristocráticas familias, acababa de contraer matrimonio con la viuda del banquero Santiago Bresson, y habia ido con la joven y la hermosa duquesa á la quinta que los banqueros de la calle Bergere poseen en Pourville, para pasar en ella la noche de boda.

«¿Qué aconteció?

«Se ignora.

«A la mañana siguiente, viendo que no salían los dueños, entraron los criados á las doce en el cuarto de los novios.

«Un horrible espectáculo se presentó á sus ojos.

«El duque estaba muerto, con la sien atravesada de un balazo.

«La duquesa se había levantado la tapa de los sesos.

«¿Por qué causa?

«Esto es lo que nadie sabe, y lo que, sin preciar-nos de adivinos, podemos asegurar que no se sabrá nunca.

«Un detalle:

«El duque estaba arruinado.

«La duquesa debía ser inmensamente rica.

«No se ha olvidado el fin misterioso de su primer marido.

«¿Habrá alguna relación entre los dos sucesos?»

Y nada más.

No se trató de averiguar el espantoso enigma.

La influencia del barón Noel y el respeto que inspiraba, pusieron coto á las investigaciones.

Inventáronse mil hipótesis á cual más absurdas pero nadie sospechó la verdad; es decir, el terrible castigo que el barón había impuesto á los asesinos de su hermano.

Nadie reveló su secreto.

Poco después de la muerte del duque, el ban- quero hizo que se vendiera la finca de Longou y la compró.

El castillo fué demolido. La casita rústica donde pasaron algunas de las escenas que hemos relata- do, fué destruida por el fuego.

Las llamas lo purifican todo.

De la imponente construcción señorial, solo que-

da una gran casa construida por el barón Noel pa- ra el administrador de la finca y ocupada por Juan María Cleguer.

Cerca de la casa del administrador vive Josor con su madre, en una casita, sin carecer de nada.

Tiene asegurado el porvenir, y la dicha del po- bre cojo es completa. Goza más de la finca que el mismo propietario.

Juan María no se ha casado, ni piensa casarse, pero el barón ha rescatado la palabra del leal bro- ton, consolando á Luciana con un regalo de cien mil francos, que la permiten vivir como una cap- talista cerca de Corbeil, en una casita de campo donde goza de general estima.

A los dos días de la catástrofe de Pourvill ocurrió en Plelau una conmovedora escena.

El conde Hugo llegó solo á su castillo, cuando el sol iba á ponerse.

Lorenzo Rebec, envejecido diez años, se levanta del banco en que estaba lleno de tristeza, y dió algunos pasos hácia su amo.

—¿Siempre triste, Lorenzo? dijo el conde,

—Ya lo ve usted, señor.

—Se lo previne y no quiso usted hacerme caso. Amaba usted mucho á la pobre Ivona.

—¡Ay!

—Cuando perdemos uno de esos ángeles, es cuando vemos el vacío que dejan.

El honrado Rebec se enjugó una lágrima.

—Es voy de este mundo, dijo, con un remor- miento que me destroza el alma.

El conde cogió de la mano á su anciano administrador y le obligó á sentarse junto á él, en el anco de que se había levantado.

—¿Cree usted en milagros, Rebec? dijo.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué me lo pregunta usted? dijo el anciano, admirado del tono y de la expresión del conde.

—Porqué tengo que darle una buena noticia.

—¡No me engañe usted! ¿Qué buena noticia puede haber para mí?

—¿No le he dicho á usted varias veces que rebraría usted á Ivona?

—¡Es imposible!

—¿Y si Dios hubiera querido probarle para casar acaso su severidad? ¿Si le hubiese quitado á Ivona para hacer ver á usted mismo el extremo á que usted la ama?

—¡Señor conde!

—¿Si se la devolviese?

—¡Ay, no me engañe usted! ¡No la veré más!

—La verá usted.

—¿Vive?

Cayó la tarde. El sol teñía el cielo de arrebolados rosos.

El conde estendió el brazo hacia la avenida.

Ivona, blanca como una azucena, avanzaba lentamente, apoyada en Corentino.

Lorenzo Rebec cayó de rodillas y juntó las manos.

—¡El!al murmuró.

—¡Sí, ella, que vuelve salvada!

La emoción paralizó al anciano, y cuando su hija le abrazó anegada en lágrimas, él fué quien sollozando:

—Perdóname, le dijo.

Corentino se casó con Ivona.

El señor de Plelau dió de dote á su ahijada los cien mil francos depositados en casa de los Bresson desde 1860; y jamás tocados.

El total de su cuenta ascendía en 1883 á trescientos veintiseis mil francos.

El conde no piensa casarse y se dice que los hijos de Ivona, á quien ama como padre, heredarán sus bienes.

Ivona habita el castillo de Plelau. Es una buena y caritativa madre de familia; un poco triste, pero tan afable y caritativa, que sólo tiene amigas.

El barón Noel vendió las casas de la Avenida de Mesina, llenas para él de cruces recuerdos.

Ha hecho otra en los Campos Elíseos, y vive con Renaudet, retirado de la abogacía.

El conde Hugo conserva su modesto entresuelo de la calle Trouchet.

Todas las tardes, á las seis y media va á pie al palacio de su amigo.

Los tres íntimos, cenan juntos evitando toda alusión al pasado.

Hacen bien sin medida.

Y su existencia ha recobrado su tranquilo curso como arroyo que trocado por la tempestad en impetuoso torrente, vuelve á correr sósegado entre floridas márgenes.

FIN DE LA NOVELA.

LOS DOS PAÑUELOS.



Una mañana de estío no pudiendo dormir á causa de haberse olvidado la doncella de correr las cortinas de la ventana, la condesa Valentina se levantó resuelta á dar un paseo por el campo.

—Será delicioso, pensó, hacer una escapatoria por entre las hojas bañadas por el rocío y por entre las yerbas, donde brillan gotas como diamantes.

Aunque nada tenía que reprochar á sus huéspedes, á los que, convidados por ella habitaban la quinta y cada uno de los cuales le había hecho la corte más galante y más asidua, se vistió gozosa en un abrir y cerrar de ojos, halagada por la idea de disfrutar de una hora de aislamiento al aire libre y bajo el toldo misterioso de los árboles.

Su traje fué sencillísimo: una *matinée* de seda cruda y un sombrero de paja sin adornos.

Sin llamar á la doncella se vistió, abrió las puer-